



El arrecife y otras divagaciones

MIREYA CUETO

Primera edición en Confabuladores: 1997

Primera edición: marzo de 2014

D.R. © 2014, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán

C.P. 04510 México, Distrito Federal

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección de Literatura

D.R. © 2014, Mireya Cueto

Ilustración de portada: "La leyenda de los soles", dibujo
de Mireya Cueto a partir de una escultura de Germán Cueto.

Diseño de portada y formación:

Roxana Deneb y Diego Álvarez

Diseño de logotipo de la Dirección de Literatura:

Andrea Jiménez

ISBN: 978-607-02-5195-5

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción
total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México



El arrecife y otras divagaciones

MIREYA CUETO

Textos de Difusión Cultural



Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección de Literatura

México, 2014



Arrecife

Yo no soy mi nombre, ni mi casa, ni mi cara del espejo, ni tampoco el secreto linotipo que formula en mi cerebro las palabras, ni mucho menos la voz de mi garganta, ni siquiera el gesto prestado que mis manos y mis pies repiten por su cuenta, ni las cosas que acarreo a través de los años en la fotografía de la memoria.

Tal vez sea sólo una línea, un límite, un muro, una playa o un arrecife donde el viento arroja las preguntas.

Cuando acontece un ángel

Si un ángel llega ¿qué sucede? El ángel es de sustancia diferente. A su paso el tiempo se paraliza o vuela arrebatado. El ángel transmuta las cosas en lo que verdaderamente son.

De los demás, unos lo ven claramente, otros lo entrevén, otros pasan junto a sus ojos y sólo son capaces de verle los zapatos o la tela de su saco, otros ni siquiera eso.

El que ve al ángel y empieza a comprender, lo ama sin reservas y quiere proteger su insólita materia, pero el ángel está protegido como si alguien velara desde siempre su limpia desnudez.

Los que lo miran a medias no importan, sólo pasan, se ríen con él y ya. Lo raro es que los ciegos, más ciegos, no se atreverían a tocarle un pelo de sus alas.

Quien lo ve y lo ama, nada más lo mira, lo escucha con atención, procura entender con

las células las cosas de que no se habla o escribe y puede ser que imprevistamente comparta alguna nube en fuga por el universo, algún reflejo profundo, algún destello de un ángel recién resucitado en su propia alma.

Carta

Muy estimado señor:

Varias veces he oído en mi casa el ruido de sus alas y por eso le escribo. Es posible que usted no sepa lo que pasa con sus alas cuando está dormido.

No sé cuál sea el uso que usted haga de sus alas, pero creo que es conveniente que sepa dónde pueden estar cuando, por algo, las necesita.

También quiero aclararle que sus alas vienen solas y que no he tenido la más leve intención de, pongamos por caso, quedarme con ellas para usarlas.

Sé que son de usted y por eso le aviso. Me permití, eso sí, tomar un diseño que me servirá de modelo, ya que, a decir verdad, no he visto otras mejores y de tan exacta medida. Espero que no me lo tome a mal, puesto que, por motivos insólitos, sus alas vienen aquí. No se inquiete. Bien sabe que ésta es su casa; siempre estarán seguras y serán bien recibidas.

Por último, sólo me resta decirle, y es mi deber, que cuando no oigo la visita de sus alas me preocupa el pensar que, a lo mejor, han escapado sin su consentimiento a algún otro lugar donde nadie se preocupe por oírlas.

Perdóneme si me permito aconsejarle que tenga cuidado con sus alas; es usted demasiado confiado y, uno no sabe, hay gente mal intencionada y sorda que tampoco se fija por dónde anda. Sería lamentable que alguien caminara torpemente sobre las alas de usted mientras, tal vez, está dormido.

De ángeles vivos

El pintor Enrique Assad, casi traslúcido, habla modelando los sonidos en el aire con el gesto arquitectónico de sus manos. Líneas precisas, suaves o apasionadas prolongan en sus dedos las bondades de su voz como para tomar y darle forma a todo lo que, escapado de su enorme corazón, no cupo en las palabras.

Teófilo

Teófilo: espigado, color de espiga, ojos avellanados, cejas pobladas. Siempre tranquilo y sonriente, sabía más, yo creo, que el maestro: en todo caso era mucho más simpático y sabía explicar mejor con su voz cambiante de adolescente. Pero ni así aprendí mayor cosa. Culpa mía. Mal pasé el examen, gracias a la habilidad de mi vecino para resolver también mi prueba. Desde entonces fue para mí la química una de las ciencias ocultas y me infunde un estético y religioso respeto.

A la vuelta de los años Teófilo y yo nos encontramos casualmente en la calle. Había estudiado medicina y también daba clases en la Universidad. Salvo su voz establecida, era el mismo. Cruzamos la calle; un automóvil pasó a nuestras espaldas tan cerca que me estremecí. Aunque muy transparentes, le vi las alas y, por fortuna, no les había pasado nada.

Arcángel

Lo que tú no sabes es que los ángeles son de naturaleza imprevisible. El tuyo es un angelote armado de hojalata abollada que vive en el centro de tu laberinto y desde allí alimenta a tus demonios de la guarda. Lo hace con actividades oscuras que los mantienen ocupados, porque no hay cosa más peligrosa que un demonio ocioso. Las extrañas ocupaciones de los demonios hacen función de espantapájaros. De esta manera el ángel ha conseguido fabricarse un jardín cerrado hecho de silencios musicales. Desde ahí, en perfecta armonía, alimenta el hilo más profundo de tu existencia.

La source de la sorcière

Yo sé que la fuente está allí, sé dónde ha estado siempre; sé que cuando me acerco sus aguas se refunden y oscurecen más hasta volverse letales. Sin embargo, sé que de ella las cosas salen vueltas fuego o vueltas transparencia. A ella va a dar lo que pasa por mis ojos a pesar mío, apenas formulado, apenas sabido de miedo de saberlo. Por eso las aguas de la fuente son volcánicas y azufradas como si todos los demonios se hubieran bañado en ellas.

Yo lo sé y me empeño en buscar la fuente porque lo que no pasa por sus aguas nace muerto o no tiene sentido, pero también me aterra. Por eso voy despacio y pienso llegar a ella trampingamente para sólo ver su transparencia.

La clepsidra

Elia Dorotea subió trabajosamente cuatro peldaños. Sus pies hinchados cabían apenas en los únicos chanclos. La madera crujió bajo su peso sexagenario. Una luz sucia, anticipo del alba, amortajó el caserón desvencijado, museo disímulo de cosas venidas muy a menos. Elia se detuvo en el primer descanso y, como todos los días, se sentó en el equipal a ver el gran cuadro memorizado en su piel: una despampanante mujer semidesnuda, la cabellera en cascada sobre el hombro, contra un fondo eólico de nubes y montañas. “Se hace tarde, es hora”. Elia Dorotea se incorporó con ayuda de sus manos incrustadas en los gruesos muslos.

Emprendió heroica el ascenso de los veinte escalones siguientes, veinte como los días del Tonalámatl. El gatito negro, apresurado en sus pies de goma, le tomó la delantera y maulló,

vertical la cola esperanzada. "Ya tienes hambre pobre de ti debo decirte que tendrás que esperar hasta la tarde es sencillo se me acabó el dinero tú sabes que sólo me pagan un sueldo miserable que la casa tiene goteras que el techo del estudio se viene abajo que el piso del comedor se hunde que todavía tengo que pagar los cochinos abogados por el lío de la herencia. Porque todo lo que me dejó él a mí la familia me lo ha robado. Como si él no me hubiera presentado en todas partes como su esposa por eso me dejó todo. Tengo las cartas puedo probarlo y hoy tengo que ir a mis asuntos y a cobrar al Observatorio antes de ir a comprar tu carne. Consíguete un ratón por mientras: yo trabajo todo el día tengo que vigilar que estar pendiente. Ya vendrá tu carnita no te apures al rato te daré un poco de leche hay cosas más importantes que tu panza no me

digas que eres como todo el mundo que ve el sol como si nada y ni se imagina lo que es subir esta escalera y que eres de los que creen que el sol sale cada mañana nomás por sus lindas caras y no saben no entienden, no tienen idea, yo llevo toda mi vida cumpliendo con mi trabajo truene llueva o relampaguee. A pesar de estas pobreza y de la cantidad de cosas extrañas que tengo que hacer y de las pedradas que los chicos del vecindario me avientan cada vez que salgo. Pero qué tal cuando se echan al sol a flojear, a calentarse, entonces ni se acuerdan, ni se les ocurre, sólo se aprovechan del sol sin agradecer no seas tan zalamero no te me atraveses déjame subir.”

Elia se cruzó sobre el pecho la medieval bata de lana. Era el frío de las tinieblas atropelladas por el primer resplandor solar. Elia Dorotea llegó exacta al último escalón, entró sin el gato

en el estudio alto. De pie frente a la ventana oriental penetró con su mirada verde el horizonte. Levantó despacio los brazos hasta nivel de los hombros: "Omecíhuatl, señora dos, camino dos, toma con mis manos el redondo sol y haz el día, un día más. Haz nacer de tu sombría creación un día más para todos, para los que lo miran y para los que no lo miran".

Elia Dorotea formó con sus manos un círculo y al ritmo tardo del alba enrojecida levantó el globo solar hasta dejarlo bien puesto en su camino. Con ademán cotidiano se sirvió de un vidrio ahumado para observar al recién nacido. Hizo anotaciones en una gruesa libreta de contabilidad, luego ajustó la pequeña válvula de la clepsidra, a fin de acelerar el paso a intervalos cantores de las gotas de agua. "Las horas de la noche son más largas que las del día y eso todo el mundo lo sabe, pero sólo los griegos

lo tomaron en cuenta.” Rectificó la hora con la del reloj de sol y empezó el rutinario recorrido de todos los relojes del estudio alto para acordarlos a la hora astronómica exacta. “Me faltan los de allá abajo.”

Elia Dorotea topó con el gatito al salir del tiempo multiplicado en percusiones minuciosas del estudio alto. “Ya te he dicho que no te me atraveses por culpa tuya me voy a caer ¿no te digo? por poco me caigo de narices y de paso te hubiera aplastado por esa manía de plantarte justo donde yo voy a poner el pie.”

En el descenso, Elia Dorotea tuvo que reacomodarse la pequeña peluca azafrañada, apenas un engaño más cobriza que la cabellera de la hermosísima mujer del cuadro.

El caso Hermes

El anhelo de volar comenzó en los pies. La prueba es Hermes, el niño que le robó sus queridas vacas al dios Apolo y luego se lo echó a la bolsa con el maravilloso invento de la flauta (vuelo de pastores) y de la lira (vuelo de poetas).

¿A qué ladrón no le entran ganas de volar?, ¿de romper en la escasa superficie de las plantas el grave lazo con la tierra, a su vez cautiva de semejante fuerza?

Los levitantes logran ese milagro colocando todo el poder de su espíritu entre sus pies descalzos y el suelo. Los zapatos imposibilitan este rapto.

El caso Hermes es muy aparte porque, en primer lugar, las sandalias que el padre Zeus le regaló para sus mensajerías eran de oro (de oro eran también las sandalias de los sacerdotes que tenían encargado el misterio eléctrico

del Arca de la Alianza), y por algo el oro es lo que es a lo redondo del planeta.

Y aunque un avión cueste tanto oro, no tiene chiste que se eleve por los aires mediante un ruidosísimo mecanismo.

Los que sueñan que vuelan saben muy bien que basta un breve impulso de la punta del pie contra el suelo para que el cuerpo pierda su peso, porque en realidad está constituido de agua y aire y además es del dominio público que los espacios interatómicos son enormes.

Total, muy pocas divinidades griegas gozaron del privilegio de las alas: La Victoria (que incluso a veces se llama áptera o sin alas para recordar que toda victoria es mutilante). Luego viene Eros, que no podría funcionar de otra manera para sorprender con sus flechas y, en fin, Hermes, que supo ganárselas con gracia.

Los toros alados asirios está claro que no volaban, porque siempre aparecen haciendo guardia en las puertas de los templos y de los murallones o de plano sentados junto a los reyes.

Las alitas en los cascos de los vikingos son muy explicables en gente del norte que año tras año contempla la migración en masa de las aves.

Pero queda claro que el verdadero anhelo humano de volar, comenzó en los pies.

Habla el títere de su autor

A Juan José Barreiro

Fui construido a la imagen de su soledad, de su angustia, de su ahogo. Absorbí en mi pequeño cuerpo contrahecho el gris con que él fue lapidado, el gris del miedo a ser traslúcido que lo aplastaba. Yo tomé su opacidad en mi cuerpo, sin contrapuntos, sin pretensiones, así nada más como era a lo desnudo, a lo trágico, a lo verdadero. Tomé en mi cuerpo de ataúd sus muchas muertes. Hicimos juntos el camino de su voz: me prestó su palabra y, juntos, llegamos al borde de mi muerte.

Muerto, doy fe del acto sublime de la magia.

La niña Isabel

*“Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoy son flores azules
Mañana serán miel.”*

LOPE DE VEGA

A Isabel Suárez de la Prida

La niña Isabel tomó su canasta, su sombrero de paja y se fue al monte a recoger las siete yerbas de la mañana de San Juan:

El trébol de cuatro hojas para la buena suerte.

El romero para que no falte dinero.

La albahaca para perfumar la casa.

La ruda para limpiar la cara de la luna.

La Santa María para curar a la tía.

El tomillo que le encanta al grillo.

La mejorana que hace cantar a la rana.

La niña Isabel cortó flores silvestres para adornar su sombrero y siguió inventando rimas y versos hasta que llegó al río. Encontró piedras verdeazules que cantaban con el agua las antiguas tonadas de las nanas indias.

La niña Isabel volvió a su casa con la canasta llena de magias.

Pasó el tiempo, pasaron los años y las yerbas sanjuaneras siguieron vivas y olorosas. Las rimas, los versos y las canciones de la niña Isabel viven de boca en boca, vuelan azules como las flores y son buenos como la miel.

El colibrí

El equilibrio del colibrí se funda en su energía. Metáfora del trompo sustentada en mieles que el sol hace posibles. Inmortal el colibrí, torna al sol el destello de su fuego en plumas tornasoles.

El tranvía de Loreto

Cuando casi adolescente, yo siempre quise subirme a ese tranvía y dar toda la vuelta. Parece que llegaba hasta San Cosme y volvía a estacionarse en el jardín de Loreto, frente a la iglesia de Teresitas, para que las mulas descansaran. Daría algo por acordarme cuántas eran: jalaban un vagón de no más de diez pares de asientos dobles, casi al descubierto. Era lo que más me gustaba, me hacía pensar en un día de campo citadino.

Andando el tiempo, allí en el recuerdo de esas bancas de bejuco, vino a sentarse mi abuelo español, muy erguido, muy guapo, con los dedos cruzados sobre el bastón y sus ojos penetrantes clavados en su juventud marina o en la gente medio celta, medio vasca, de su pueblo.

Por ejemplo en aquel pastor que llegó a olvidar el castellano, su única lengua, y que

reconocía a los corderos *recienacidos* “por la cara”, o en su hermano Domingo, abogado brillante de las causas perdidas, las de los pobres; políglota, liberal y escritor caído en aquel pozo pueblerino cerca de Santander.

O en su prima casada con noble que cantaba “muchas armas y blasones y los hijos sin calzones”. O en su sobrina Matilde que agradecía a la gente malhadada el haberle templado el carácter. Y por insospechados caminos conducido a Beethoven, a Bach y a tantos otros privilegios. O bien, remontado a su infancia, en el carnaval de Gigantes y Cabezudos... el Sardinero o el vuelo en garrocha por la montaña.

Yo nunca conocí a ese abuelo español tan dignamente taciturno y sentado cada tarde en el recuerdo del último tranvía de mulitas, ida y vuelta del jardín de Loreto hasta San Cosme, con sólo su nostalgia.

La druida

Pajarita de enormes ojos acuáticos, ribeteados de negro y rímel en las pestañas. Pelo rubio cenizo en aureola, nariz aguda, cara delgada como toda ella. Moda inventada.

Cuando empieza a hablar de los Apalaches, de su vida montañesa, entre bosques, cuevas y helechos, la veo componer cuentos, historias que toman cuerpo en seres nunca vistos que nacen de sus manos artesanas abriéndose paso entre ramas, plumas, semillas, fibras y guijarros.

Porque ella es druida.

Fue nutrida por su madre irlandesa con los alimentos reconocidos de la imaginación. Alimentos ancestrales que dan a los ojos la capacidad de ver a los evasivos duendes vigías de los hongos, diminutos habitantes del bosque. “Los ojos drúidicos —me dice ella— pueden ver sin sobresalto a los hombrecitos verdes

que andan por ahí donde los pies aprendieron a pisar la yerba, donde el silencio permite escuchar otros mundos.”

Viudez

Ser la viuda de Don Miguel de Cervantes no es fácil. Comenzó a la sexta lectura, en el último capítulo, en el momento de la muerte de Don Quijote, de perpetua resurrección. La inmortalidad de ellos dos y su enigmática presencia me hacen "celebrarlos" con la nostalgia de una viuda que baraja sus recuerdos para poder sobrevivir, para prolongar el privilegio del encuentro, del compartir, del recibir, del admirar, del asombrarse, del amar. Ellos mueren y resucitan constantemente y a veces el acento está en su presencia y otras en su ausencia insoportable. De la manera más inesperada, en plena y chata cotidianidad, me sorprende enlutada por dentro, sumergida en sus muertes, y lo que es peor, advierto que ellos nunca cruzaron por esa calle, ni por esos ojos, ni por aquella imaginación. Es la verdadera ausencia la de nunca haber estado. Claro que un recuerdo puede fabricarse, pero ¿si no hay siquiera un clavo en qué colgarlo?

Entrevista con Circe

A Remedios Varo

Fui a despedirme. Toqué el timbre y aguardé. Un equilibrista pasó por las cuerdas de un laúd. Se abrió la puerta y Remedios me arrastró con apresuramiento, risas y aire de complicidad, frente al espejo. "Cierra los ojos", ordenó. Obedecí como novicia.

Mientras acomodaba sobre mi cabeza tal vez un sombrero o más seguramente un gorro, desfilaron las épocas por mis muchas caras interiores. "Ya puedes abrir los ojos", volvió a ordenar.

No era sombrero ni gorro. Era una peluca de pelos de gato marfilino, y yo, por obra de su magia, quedé iniciada en el asombro: dentro del espejo fui un cuadro yo misma, ese que ella hubiera pintado con la imagen de mi mejor metamorfosis.

El interlocutor

El interlocutor se levanta de su silla y se va. No es la primera vez. Es posible que vuelva. Se aburre por momentos, cabecea como un pájaro al pardear. Acepto mi culpa, si la hubiera, lo extraño es que apenas el interlocutor se va, empieza otra clase de diálogo inédito. En el vacío de la silla reincorpora su otra presencia. Me confío: "El amor ¿sabe usted?... el filtro... el gran misterio... la trampa maravillosa... Me olvidaba, no se puede hablar así sin verbos, sin gramática. Pero es que incluso el adjetivo *maravilloso* es un engorro, un trapo usado, no debí usarlo, eso es, *usarlo*. Los sustantivos bastan: amor, filtro, trampa. Los últimos son en verdad predicados, casi adjetivos y no quiero calificar. Digo a secas *amor* y el sustantivo toma en mi cabeza la forma de un globo de Cantolla, y luego la de un planeta y luego de lo que dicen que dice

Einstein que es el universo: una manzana, tan simple como eso, la de Adán, la de Guillermo Tell y una flecha, la de Eros. ¡Y dicen que dice Einstein que la manzana late como un corazón! ¡Ay, un corazón!, tan cursi como eso, y un pedernal azteca, el agua quemada de los sacrificios y el Sagrado Corazón del beaterío. Usted perdone, me fui demasiado lejos. Voy a volver a pronunciar la palabra: amor, ojos, ojos conocidos, tan conocidos como los míos, entre cada vez más ojos. Para cada par valdría un adjetivo.

Los adjetivos no sirven, entorpecen todo, pero son divertidos. La tentación es grande, la tentación de la balanza; pero no, no se preocupe, no lo voy a meter en este juego porque estropearía el suyo y usted tiene derecho a su propio juego, usted sabe cómo son los ojos de las mujeres, de los jóvenes, de los niños, de

los viejos, ¿por qué voy a molestarlo con los ojos que vi con mis ojos?

Vuelvo a pronunciar la palabra amor: Tristán e Isolda, Laura y Petrarca, Beatriz y Dante, Dulcinea y Don Quijote, nombres sólo, sin cara, sin cuerpo, sin verbo, sin adjetivo, sin artículo y me quedo pasmada ante tanta abstracción. Pasmada como, cuando... Es verdad, ya recuerdo, el interlocutor no está. Inventé una ficción para su silla vacía.

Pero ¿qué pasa?, ¿qué ruido es ése?, ¿por dónde diablos entraron? Mi casa se llena de gente desconocida. El ruido es infernal aunque nadie abre la boca. No se miran. No parecen conocerse entre sí. Todos llevan unos pequeñísimos radios de transistores a punto de sustituir el latido de sus corazones. Y escuchan... ¡por Dios! Escuchan cosas diferentes.

¡Fuera, fuera todo el mundo! ¡Silencio... silencio...!

¡Fuera de mi casa!

Cierro la puerta con rabia y me siento en la silla vacía, a esperarlo.

Definición

Una mujer es una red, la red misteriosa y fina de la generación. Una tela de araña que se empieza a tejer en los ovarios y se enreda en los ojos, en las pestañas y en la piel. Lustra el pelo, aligera los pies, invade todo el gesto. Llena una calle, varias. Se pega en la carne de los hombres, es su recuerdo, su obsesión, todos sus pasos. Se vuelve maraña de luces y de sombras; se vuelve poza y ancla. Enyerba, vegetaliza. Convierte en selva cada cosa. Selva multiplicada en selva hasta la asfixia.

El hombre usa entonces sus brazos fuertes. Empieza a segar, a cortar, a descuajar el enredijo de las lianas acuáticas, hasta sacar libre el último pie.

De ella no queda nada sino, de nuevo, la inocencia.

El espejo

Salí, dejé mi casa descuidada, ausente de mí.

A mi regreso la habitaba una pequeña serpiente. No la he visto. Me dijeron. Está en la cocina cerca del fogón. Aunque no he querido verla, su presencia invade toda la casa. Desde ese día no tengo paz. Me conformo con saber que está en un lugar fijo: es difícil que cambie su nido porque ahí hace calor. Además hice que gente a mi servicio le lleve comida y leche para que no cambie de sitio.

No sé lo que es sosiego. Hay motivos: Herminia dice que no es una serpiente sino una salamandra. Parece que las salamandras no existen; creo que Herminia está inventando. En cambio Teófila me asegura que es una culebrita inofensiva, que ella la ha visto siempre enroscada del mismo modo, que no se mueve. Tal vez así sea.

Con todo, me es insoportable su existencia y se me ahueca algo arriba del estómago. Estoy fuera todo el día; pero tengo que dormir en la casa. No duermo, paso la noche en vela. Pienso que entro a la cocina y me hielo.

Fui a la droguería y pregunté por algo para las serpientes. También encargué que dejaran todo el día la ventana abierta, tal vez quisiera irse; pero entraba viento fresco y se hundió en su nido, se enroscó más. Todo ha sido inútil.

Quienes dicen haberla visto no se atreven a tocarla y, además, no parecen dar la menor importancia a mi terror.

Llevo ya varias noches sin dormir, estoy extenuada. Conseguí dinero para pagar un encantador de serpientes. Pensé que así el visitante no asomaría en mi habitación sus ojos sin párpados, y que podría al fin dormir. Pero entonces la flauta martirizó mis nervios.

No sólo ha invadido mi casa sino todos mis pensamientos. Es inútil salir a la calle: me persigue. Me siento impotente y sola ante ese animal silencioso.

Después de esta eternidad de noches y de oscuros días, comprendí que sólo hay una solución: matarla. Pero ¿cómo? Cuántas veces pregunté cómo se mata a una serpiente y se burlaron de mí. Tuve que callar. Quién iba a creer que en mi propia casa, donde ni siquiera hay jardín, anida una serpiente.

Hoy salí al alba, con los ojos enrojecidos, y todo el día corrí las calles sonámbula. Empujada por la avanzada noche llegué a mi puerta. Tenía que hacerlo. Mi terror se tradujo de pronto a una palabra: Perseo. Ciega o alucinada, entré en la casa, corrí al baño: el único espejo estaba empotrado. Corrí a mi cuarto; traté de recordar dónde podría ocultarse un

espejo redondo que alguna vez olvidó mi hermana. Revolví todos los cajones. La luna aparecida del espejo me paralizó un segundo. Mi mano obedeció sin yo saberlo. Corrí a la cocina. En la puerta calculé otro segundo el ángulo del espejo. Entré.

No había serpiente. Sólo cuatro huevecillos pardos. ¿Era una burla? ¿Y si esos huevecillos fueran de algún pájaro? ¿Si la serpiente hubiera sido una paloma? No, las palomas no abandonan así a sus crías. La pequeña serpiente se habría ido justamente porque acostumbra dejar sus huevos. Pero ¿se habría ido realmente?

La única manera de saberlo era rastrear sus huellas. Alrededor del nido, el espejo no revelaba huellas perceptibles. ¿Por dónde pudo salir, si salió?

Vi mecánicamente hacia la ventana. No estaba del todo cerrada. Acerqué al pretil el espejo, de modo que proyectara concentrada la luz de arriba. Descubrí una leve e irregular ondulación en el polvo. La huella era evidente.

Eché una mirada a los cuatro huevecillos pardos. Los tiré uno a uno al fuego. Cerré la ventana y arreglé las cosas de mi casa.

El paraguas

Camino por la avenida (yo no puedo hablar sino en mi nombre), llevo un traje muy exacto, medias nailon y zapatos de charol. Toda mi seguridad me viene de que camino con la columna vertebral muy derecha, tan derecha como mi paraguas azul (mío desde que lo encontré en un taxi). Me empeño en no olvidarlo.

Camina conmigo como si fuera parte de mí. Camina de una manera bastante ridícula, igual que bastón de señor antiguo. Trata sin éxito de armonizarse con mis pasos. Mis propios pasos, demasiado pensados, son tiesos o vacilantes, expresan sin querer lo que mi columna vertebral y mi paraguas tratan de disimular con su solemne verticalidad. Si alguien pudiera verlos por dentro, se daría cuenta de que son ondulantes como las cosas que se ven detrás del aire caliente y vibratorio de las hogueras.

Como quiera que sea, es absurdo que mi paraguas camine como un bastón, ¿por qué lo hace? Es obvio que está desempeñando un papel, un papel cómico. Pese a la autonomía de su juego (que también consiste en ir metiendo su punta metálica en las rendijas del asfalto), no me oculto que toda esa actuación depende de mi voluntad, que podría colgármelo del brazo y hacer evidente mi agilidad para caminar. Lo pienso pero no lo hago. He comunicado al paraguas una voluntad imprevista y el paraguas hace cosas en cierto modo por su cuenta, y al mismo tiempo me comunica una actualización del papel, también imprevista, automática. Por obra y gracia del paraguas soy de pronto francesa. Es decir, los dos somos franceses. No es esto una simple imaginación: alguien que nos vio juntos lo dijo.

Me dejo llevar por la estética de la inutilidad de parecer segura y de parecer francesa.

Babel derruida

Ahí estaban hacinadas, igual que dunas pero sin calma. El tiempo las había alisado a casi todas. Otras eran violentos poliedros llenos de discrepantes posibilidades.

Buscar, buscar entre los escombros del edificio milenario y prodigioso. Encontrar: ésta junto con ésta que es azul y tener que tirar una en favor de otra más chica y más redonda y con reflejos. Seguir andando como con indiferencia y dar un puntapié a cualquiera, anodina, por observar las leyes de la inercia o lanzarla lejos por el aire, sólo porque estaba a la medida de la mano y por el placer de la parábola; o también mover una del montón por la diversión de la inusitada avalancha. Y luego dejar ahí a sabiendas las más hermosas, por no cambiarlas de lugar, por respeto. O, al contrario, escarbar como sacrílego maniático, con la idea de encontrar una, una sola incomparable:

el corazón mismo de Babel. O si no, merodear sin fanatismo y aquí y allá inclinarse como devoto y juntarlas nada más por el placer de las nimias afinidades. Cuando ya no caben en las manos, ni en las bolsas, levar la vista y complacerse en imaginar arquitecturas sonoras.

Al fin, ahí donde sopla el silencio de la antigua Babel y rondan aún las voces de tantos diluvios, ahí tratar de construir entre tanteos y destellos, con júbilo a veces y hasta silbando, construir con ellas una torre miniatura con rendijas para ver a los demás buscadores, o construir un balcón a secas, o por lo menos un cobertizo de charadas.

Putas palabras

Callar por dentro, horrorizar de las palabras impersonales, impertinencias. No basta apalearlas, amortajarlas, romperlas, abjurarlas. Habrá que tomarlas, así de prostituidas y ajenas, tan ajenas como ajenos somos a nosotros mismos gracias a ellas. Porque son las únicas posibles. Si no ¿cómo palparemos nuestras verdades y nuestras mentiras?, ¿cómo nos formaremos?

¿Será posible que estemos tan constituidos por las palabras? ¿Dónde estará nuestra carne perdurable? La que sobrevive a la caricia.

¿Cómo y cuándo nos reconoceremos? ¿Sabremos algún día nuestros rostros interiores? Conmovidos hasta el fondo del silencio penitencial, probaremos comunicar nuestros verdaderos nombres. ¿Cuáles serán al cabo nuestros signos? Las palabras nos falsean y nos niegan. ¿No quedarán al cabo sino las palabras, las que nos negarán del todo, igual

que máscaras? Y más allá, ¿qué somos?, ¿qué quedará de nosotros? Si las palabras se borran ¿qué será de nuestras voces?, ¿quién vivirá para oírlas?

Más allá de la sangre que huye por el tiempo misterioso y potente, ¿qué puta palabra dará testimonio y de quién?

Ellas encarnan, sin embargo, en su máscara terrible y frágil a la inmortalidad posible, aun deleznable, aun mentirosa, aun ambigua.

Ella sola, la palabra manoseada, resiste y persiste en la hoja delgada del azar, la terrible muerte.

Lectura

Allí están de nuevo las palabras insidiosas, en muros gruesos de silencio, apretadas y pulcras, invitando.

Basta poner la punta del pie en el primer renglón y el tapiz volador se remonta en transparentes, impalpables viajes. Al contacto con las pupilas móviles resucitan voces, miradas, pasos, palpitaciones y se hacen y deshacen geometrías y caminos. Todo sin cuerpo, intensidad desnuda, movimiento puro sin socorro de materia alguna. Levitación de memorias inventadas sobre el denso acontecer cotidiano de alas truncas.

Más lejos del ruido espeso, más allá también de las palabras insidiosas y deslumbrantes, solamente los pinos, los grillos, las rocas y el aire, el aire que todo lo mueve.

Postal

Estoy en el Pireo. Es junio. El cielo es transparente; las nubes son de adorno porque el sol, casi de trópico, produce sombras tajantes. Es de tarde. Recuerdo los famosos muros, la muerte de Pericles y te escribo.

Por lo demás, el café es anodino, una nevéria común y corriente donde sirven tresmarías, hamburguesas y hot-dogs y, además, un helado sin duda significativo porque se llama copa del-olvido: ocurrencia del griego del café, que por cierto no está. Si al menos le hubiera visto la cara, podría yo seguir pensando en Grecia desde una esquina de avenida Jalisco y Cacahuamilpa.

El cacaotal

Umbroso palacio alfombrado de hojas secas donde la vida y la muerte intercambian jugos, pigmentos, metamorfosis, cronologías, voluntades secretas.

Los troncos arquitrabes sostienen la sombra compacta de las hojas vivas. A lo largo de sus cuerpos duros dejan pasar aquí y allá una diminuta flor blanca de pétalos en estrella, atracción de insectos Celestinos, de donde empezará a inflarse un balón verde. Este fruto de gruesas paredes, afelpadas por dentro, guarda en perfecto orden una carnada de semillas arropadas en húmedas túnicas.

De lavar estas camisas blancas sale una bebida igualmente delicada. Las semillas morenas puestas a secar, tostadas y molidas con azúcar, liberan en el paladar toda la magia de Tabasco.

Las frutas del paraíso

Alliana Fuentes

De la flor a la fruta el pétalo sobrevive en la piel tentadora de la manzana adánica.

O más bien fue la pera de ancas femeninas y gotas de almíbar.

Pudo ser la piña, reina y coronada, que defiende su alquimia solar en un panal acorazado.

O la tentación primera caminó por donde madura la guayaba soltando su aroma de siempre embriagadora.

O culpemos del pecado a la sandía con su sonrisa tricolor en el horno costeño del verano.

O todo fue asunto de la carne tersa o coralina del mamey, oculta en cáscara de leño para que nadie sospeche su secreto.

Si acaso fue motivo del pecado el zapote negro, por el delicioso betún de sus entrañas,

probarlo por vez primera sólo pudo ser atrevida curiosidad de nuestra madre Eva.

O vencieron la honestidad los guiños del capulín, ojos de azabache brillantados en los diluvios de junio.

Seguramente fue responsable de todo el generoso mango, donde el sabor escurre a chorros y te baña.

O también pudo ser causa la guanábana carnosa, incitadora, con los tropiezos sin fin de sus semillas.

Más que la serpiente embaucadora pudo cautivar a la inocente el magenta púrpura de la pitahaya puntillosa en simulacro de alcachofa.

Concierto para piña

La piña me sabe al clavecín de Jean Philippe Rameau; son lo mismo y de pronto una isla en alta mar, lo único concreto y navegable: se borra el tiempo lineal de la sobremesa, imagino lo que podría ser el absoluto, algo que no tiene nada que ver con mi manera alocada de hablar ni con la manera incómoda como se me presenta el mundo. La piña y el clavecín se incorporan en una alquimia dorada con el sol de mediodía: burbuja de tiempo verdadero sobre el falso tiempo de todo lo demás.

Imaginaciones sobre la imaginación

De las palabras a las cosas, de las cosas a las palabras, la imaginación galopa.

Generaciones y generaciones de hombres inventaron la máquina perfecta y luego la imaginación huyó por el ojo de una aguja.

Del laberinto inventado por la araña, la imaginación llegó por fin a las palabras.

Donde no hay nada todo es posible si asoma el imaginador.

Del desierto nace el espejismo de los paraísos que la imaginación inventa y pierde.

Primero el sol, luego el ojo, luego el cerebro y la alquimia de las imaginaciones.

De la calma y el silencio surge la flauta de pan del afilador y la imaginación se afianza a la flauta elemental de Polifemo.

Equilibrista sobre las cuerdas de un violín, la imaginación se cuida de no caer en la locura.

La imaginación sobrevive más allá de las palabras condensadas en su nebulosa infinita.

Como una liebre de campo, la imaginación huye de las palabras aprendidas.

La imaginación también desciende a los infiernos.

Las alfombras

Toda composición basada en la geometría y la repetición implica, de algún modo, el orden del Universo.

Las alfombras persas son geométricas, pero hay en ellas pequeñas modificaciones aquí y allá, de hecho imperceptibles a la mirada general. Estos errores, que desde luego no lo son, responden a la manera extraordinariamente dinámica como el ojo percibe; dicho de otro modo, estos cambios que no rompen sin embargo el orden general, evitan el cansancio visual que muy pronto provocan la repetición y el estatismo geométrico.

Pero más allá de este primer plano perceptivo, sobreviene la tentación de considerar estos "errores" conscientes como intersticios por donde se cuele lo imprevisible, esa partícula de libertad sin la cual el orden absoluto del Universo sería letal.

El tablado

Más allá del espectáculo, la trascendencia en los pies, energía pura, ancestral raíz, diálogo entusiasta con la tierra, madre muda, pródiga y terrible.

Las manos, pájaros intensos, son diálogos con el viento, apresándolo, domeñándolo, liberándolo.

Incorporación de sustancias insasibles, transmutación del aire en esencia corporal, apasionada y trágica.

En los dedos del guitarrista, el despegue metafísico, llevado a la voz ultraica.

Todo unido, la perfección de los ritmos universales, comparables al vuelo estático y extático del colibrí.

El páramo

Me dijo que tal vez dejaría la puerta abierta.

Es muy fácil dejar una puerta abierta; pero voy y vengo por dudas infinitas. Además nunca me dijo qué puerta, y las repaso en la imaginación.

Me gusta mucho la del fondo, la del jardín. Esa que apenas es una puerta. Se abre desde fuera.

Las puertas con cerraduras hay que abrirlas con la duda en las yemas de los dedos, sin respirar.

Abrir una puerta no es sencillo y fácil. Será por la movilidad de las puertas. Algunas van tan lejos que apenas pueden verse, otras amurallan, otras se disimulan en larguísimos corredores entre muchas puertas y hay que adivinar.

Las puertas de los laberintos son todas falsas y con espejos: se pierde la imagen en la imagen.

De noche todas las puertas se abren de par en par y no da tiempo de entrar en ellas antes del alba.

A mediodía la ciudad es una enorme madrepora de puertas.

Lo cierto es que no hay puertas en el páramo.

Estar Nepantla

No estar ni aquí ni allá, aburrida dentro de una pregunta difusa. Cuando se mete uno en un trasatlántico y está en alta mar varios días, todo es, y uno mismo, un paréntesis inmezclable y esencial. Un paréntesis que centellea porque es de tránsito: el pasado y el futuro se entremezclan en la inexistencia infinita que da el mar.

Si uno se sube en un ferrocarril, la sensación del paréntesis es diferente. Transcurren las cosas por la ventanilla y uno está inmóvil, en un aburrimiento muy consistente, muy enriquecido con el traqueteo constante, musical y enérgico. Los ruidos se van poblando de imágenes pasadas y futuras entreveradas en divagaciones malabaristas, en fuga. Entre más largo el viaje, mejor.

Si uno sube a un camión urbano, está inmerso en los olores, las pestes invasoras,

más que en los ruidos y las apreturas. Si va sentado, se siente el rey y pone cara de prepotencia. El trayecto se disfruta y tantas caras somnolientas y extrañas contribuyen a la apropiación de uno mismo. Entra uno a saco por sus propios túneles de angustia o esperanza y también en suposiciones: "Fui cretense y viví en Knossos", por ejemplo. "¿Desde dónde vengo? Desde donde a mí se me dé la gana imaginarme." Y así. Si uno reside por muchos años en alguna monstruosa ciudad, un secreto automatismo lo levanta a uno de su asiento en el momento exacto en que debe bajar, aunque vaya leyendo, y casi sin perder el hilo de lo extemporáneo divagante.

Si uno toma el metro en horas que no son de vorágine, hay algo de muy vital y estimulante en caminar por corredores lisos, subir y bajar escaleras, a la máxima velocidad posible

sin perder la compostura, más cómica cuanto menos prisa se tiene. Es el reto de una secreta competencia con los más jóvenes y con los más viejos para comprobar energías. Todo muy serio, muy cargado de responsabilidades casi siempre inexistentes. Es el juego urbano, el juego de ganar asiento y luego ir sentado en el vagón tan luminoso que dan ganas de leer un libro; uno lo abre y se pone a buscar dónde iba y ya llegó a la parada, tan pronto.

El tiempo espacio que está entre algo y algo es el que realmente le pertenece a uno: todo es posible y es nada y no importa, pierde peso, igual que respirar sin catarro y sin gasolina con plomo.

Cualquier trayecto es casi la única posibilidad de ser libre.

Fuente de Cibeles

Por nostalgia de Madrid me detengo ante la copia de Cibeles en la plaza Miravalle. Día nublado y caluroso.

Doña Cibeles está sentada en un sillón de terciopelo. Su actitud es modesta y majestuosa al mismo tiempo, como la de esas damas decimonónicas; los pliegues de su túnica y manto caen con previsto descuido. Tiene en la mano una rosquilla que pudiera ser la idea de una polvera y está muy segura de que ese carro de piedra no se moverá ya. Sin embargo los dos leones levantan sus respectivas patas izquierdas delanteras en actitud de marcha y parecen muy preocupados por tener que atravesar la calle, atentos al ruido y al paso de los automóviles, sólo que no tienen, a diferencia de los perros callejeros, ese aire de inteligencia agudizada en la autodeterminación y el desamparo, sino que sus cabezotas melenudas voltean, una

hacia la calle Durango y otra hacia la avenida Oaxaca, con la expresión azorada de un provinciano en un eje vial o de un gringo fuera de su Sheraton y de su autobús especial.

En la plataforma delantera del carro primitivo yace un mascarón boca arriba cuyo significado desconozco. En fin, atrás del carro y a poca distancia, dos andróginos sin alas se entretienen, uno en volcar sin esfuerzo una pesadísima ánfora de piedra, y el otro en sostener en alto un caracol, y tiene en la cara mo-fletuda la intención de lanzárselo a alguien.

Visto por detrás, el sillón de terciopelo de Cibebes tiene un moñito en medio; del que cuelgan dos guirnaldas. Si el carro fuera al fin arrastrado por los leones durante la luz verde, se produciría una catástrofe porque las ruedas están por suerte detenidas sobre irregulares y atormentadas lajas de un pasado terremoto.

Hamlet o el sombrero

A propósito de su carta, mi querida señora, sólo puedo decirle que es cuestión de convencerse o no convencerse. Así pasa por ejemplo con los dientes postizos: el cerebro tarda dos semanas o más en convencer a los hipersensibles nervios bucales de que los dientes de pasta no son diez veces mayores y que la apariencia caballuna es sólo imaginaria. Si al cabo de tres semanas este convencimiento ha sido del todo imposible, sólo queda escupir la dentadura. Pero tal vez el ejemplo no sea muy apropiado, porque es usted todavía joven para haber pasado por semejante experiencia.

Su profesión me hace pensar que muy probablemente usted usa o ha usado sombrero y exclamado: "este sombrero no me convence". Así pasa. Pero es el caso que ahí no está todo el problema; porque de lo que se trata es de convencer a la prolija red nerviosa del cuero

cabelludo de que el sombrero en cuestión no es ni más pesado ni de distinta naturaleza que el propio pelo. Es decir, los convencidos nervios deben penetrar al fieltro, a las plumas o a la seda de tal manera íntima que la persona olvide por completo dichos materiales de origen orgánico pero altamente desvirtuados por la civilización. Quiero decir que, gracias a este profundo proceso de convencimiento, el fieltro, las plumas o la seda deben integrarse a las propias células de usted, si no, mejor no intente nunca ponerse un sombrero, pues la menor rebeldía de uno de los nervios del cuero cabelludo hará que la gente se burle despiadadamente de usted.

Volviendo a la delicada cuestión de los adjetivos (tan ofensivos) a que se refiere su carta de consulta, le ruego que siga con cuidado el paralelismo del sombrero, del cual me serviré

para aconsejarla: póngase el extraño sombrero que su marido le adjudica y mírese al espejo a solas (esto es de primera importancia) durante diez horas seguidas, a fin de poner a prueba la capacidad identificativa de los nervios de su cuero cabelludo. Si al terminar esta prueba ascética todos sus nervios proliferan en la textura del sombrero, le parecerá tan perfecto, tan usted misma que perderá la conciencia de su existencia, como cuando se olvida de sus pies al caminar. Si por lo contrario y al cabo de las horas el sombrero le sigue pareciendo extraño y horrible, tírelo por la ventana y respire tranquila. Procure no dormir, mi buena señora, hasta no haber quedado convencida de algo.

Historia contemporánea

“El crimen fue en Granada...” y también en Guernica y en Teruel, en El Ebro, en Montjuich. En Madrid venció por fin en toda España.

El crimen fue en Varsovia y en Lidice total. La vergüenza fue en Vichy. La ignorancia fue en Dachau, en Auschwitz, en Buchenwald. El crimen se hizo total como la noche de los ciegos y se abrió el infierno en Hiroshima y Nagasaki.

Y yo, que siempre viví en México, me he muerto. Aquí donde mis pies caminan con raíces, aquí olvido de pronto el nombre de las calles, me anclo en mi muerte y me erosiona el llanto. La tinta pegajosa de la gran mancha me sigue salpicando y me socava. La tinta es indeleble, y sin embargo, procuro tomar mi baño diario y aunque he muerto y no sé ni el nombre de las calles de mi infancia, procuro comer, dormir y muchas veces también me río de cualquier cosa.

Inmigrantes

*Si no os hubiese mirado
no penare,
pero tampoco os mirara.*

Cancionero de Upsala

Qué haces allí, Chrystos Lassos, sentado en la banca de hasta atrás, con tu cara de ángel adolescente y tus ojos tan abiertos frente a mis anteojos de maestra. Tú sabes unas veinticinco palabras de inglés y yo unas ciento quince. Con ellas tengo que enseñar rudimentos de historia del arte a estos monstruos masticadores de chicle que nunca han visto, ni soñado, el cielo de la Acrópolis. Qué haces, Chrystos Lassos, en este país lleno de nieve y de orden para nada. Deberías de estar en la Acrópolis, junto a las Cariátides del Erecteum, con tus ojos tranquilos y tu facilidad para el dibujo.

Cuando tropiezo con tu silenciosa y atenta presencia, siento que sabes —o adivinas— que en mi mesa de maestra tengo una tarjeta de Epidauro y que, mirarla cada vez que puedo, es el barco que me salva de mi perpetuo naufragio; que la existencia de tu revuelta patria me hace posible la esperanza de no morirme de una vez por todas en este sudario de veinte grados bajo cero; que mi país remoto y subdesarrollado (como ahora le llaman a las cosas naturales) es tal vez para ti también un sueño iluminado. Pero ¿qué haces aquí Chrystos Lassos? Afrodite y Cintia vinieron a decirme que habías vuelto a Grecia. Yo me alegré y descansé. Ahora, para navegar sólo me queda la tarjeta de Epidauro.

La iguana

Horizonte total. Piedras de signos evanescentes para siempre herméticos. Del verde olor sacro brota la vibración ubicua de insectos infinitos. Agoniza en Palenque la esperanza en el silencio de los signos. Se levanta omnipotente la vida cálida y húmeda. En el límite de la vida y el silencio nace, tierna y pétrea, la iguana: estatua de sí misma.

Las playas

Estoy en la playa. En ésta como en otras, cumplo el rito de ir dejando las huellas de mis pies desnudos, en la cinta húmeda de arena.

Sigo atenta el juego de azar de las conchas recién nacidas, echadas como dados por el latigazo de las olas. Ritmo y anarquía.

Repito el gesto devoto de recoger las pequeñas joyas limpias de miradas, y el gesto recorre simultáneo el cuerpo de todas mis edades. Tengo cinco años, siete, diez, catorce años, dieciocho, veinticuatro, veintisiete años, treinta y dos, treinta y siete, cuarenta y cuatro años. Repito el gesto de detenerme a contemplar en la palma de mi mano las pequeñas conchas, húmedas y olorosas. Repito el esfuerzo de imaginar la masa viscosa e informe que pudo habitarlas: el ciego artífice de tanta perfección. Repito las preguntas y la respuesta absurda: sílicato. ¿Y de dónde el color de alba?, ¿y cómo

tal tersura?, ¿y por qué el diseño matemático de las estriás?, ¿y las suaves, armónicas curvas concéntricas?, ¿y los tersos rojos?, ¿y los indefinibles azules?, ¿y todas las posibilidades del blanco?

Producción en gran escala de milenios.

Repito en mis ojos el recuerdo de las conchas a mis pies: las olas perezosas dejan en las playas un tosco osario de conchas muy blancas. Las gigantes olas de otras playas dejan detrás de sus resacas, como lagunas móviles un número impensable de conchas diminutas. Mis ojos de lupa descubren milagros de cabeza de alfiler, transparentes e intachables.

Producción en masa, producción en serie... y nunca son las mismas en Tecolutla, en el Sardinero, en Tánger, en Nautla, en Veracruz, en Manzanillo.

Con igual derecho a la existencia, acude la imagen de otra playa, al norte del Bravo: no hay conchas. Sólo un enorme y enmohecido cementerio de latas de conserva y de botellas rotas.

Producción en masa, producción en serie, producción a gran escala.

Los pies

Tan fieles, tan rocinantes. Cimienta móvil
contra el cemento armado. Prisioneros que
obedecen, olvidados van, olvidados vienen
por donde la imaginación ordena caminos
redondos o ciegos, alocados o con prisa. Sin
sentido. Y ellos tan simples, lejos del cielo,
del pensamiento, del abierto mundo. Remotos
peces, frustradas manos, se acompañan con la
verdad del alma.

Profesión de fe

Yo asumo a Don Alonso Quijano el Bueno, al loco de la lanza rota en las costillas, al de los fracasos, al de las palizas, al gran inventor de la condición humana, al esteta de la conducta, al místico batallador y burlado. Yo respondo, es mi señor. Su historia es la única que me sé. Anduve por la Historia Universal en su busca y no lo encontré, no estaba todavía. Por eso lo asumo aquí, ahora, en el mundo de la cibernética, de la máquina, del radio de transistores, de la cuantificación y de las bombas. Yo no presumo: soy simplemente Sancho, me gustan el ajo, la cebolla y los refranes; también caigo en la tentación de las ínsulas que nunca vendrán y camino sobre un asno; digo sandeces cuando más me valiera oír con más cuidado o me echo a dormir cuando él vela, pero escucho a mi señor y no puedo prescindir de él; lloro cuando muere y le digo "vamos al campo

vestidos de pastores”. Le digo que tome la palabra para que callen todos los que pretenden ver al hombre como dizque es: los psiquiatras de Cadillac, los filósofos que luchan sentados y nunca vuelven a sus casas con la cabeza rota después de la aventura; los maestros cegatones, los economistas de traje inglés, los políticos que explotan a Cristo y a Marx. Sólo tienen derecho al diálogo con mi señor los poetas, más concretamente León Felipe. Yo soy Sanchito porque creo en la palabra y en la lanza del hidalgo manchego y en su soberana santidad.

Psyche

No regresaré. Tal vez prefieras saber. Recuerdas: me fui al amanecer como otras veces y dejé un recado tranquilizante. Pero ya no me esperes. Aunque es difícil procuraré explicarte. Mejor es que sepas: cometí el pecado de Eurídice.

Esa noche, mientras dormías, prendí la lámpara y me acerqué a tu cara. Tu sueño era profundo. Vi tu belleza milímetro a milímetro. Te miré como nunca antes. Y ahora ¿cómo podré escribirlo? Detrás de tu gesto abandonado, vi en la mitad derecha de tu cara revelarse una mitad de ti desconocida para ambos. Odio los adjetivos y deliberadamente no los pienso. Pero sé qué había en la comisura apenas descendente del lado derecho de tu boca, réplica al casi imperceptible descenso de la línea de tu ojo derecho. Las dos alteraciones

coincidían con la misma expresión en la mejilla y en la aleta de la nariz.

Salí llorando por dentro y por fuera. Empujada por una tristeza desconocida, casi un terror.

Semana inglesa

Saltan las liebres:

La del lunes se lanza valientemente, a ojos cerrados, fuera de la madriguera y cae sentada en mitad del hormiguero.

La del martes atisba recelosa lo que falta del camino y se acomoda al trote.

La del miércoles se detiene ecléctica a contemplar las dos mitades exactas del camino: para atrás y para adelante. Se echa a andar con espíritu gris hacia el siguiente día.

La del jueves mira esperanzada el viernes y corretea con ánimo por todas las veredas.

La del viernes se vuelve esquizofrénica y comparte el cansancio con el júbilo. Al caer la tarde se ilumina de libertad y se multiplica en sensaciones. Goza la noche hasta que, solos, se le cierran los ojos.

La del sábado se tumba al sol hasta las doce, olfatea la mejor hierba, y sin saber cómo ni

por qué se le escurre el tiempo entre las patas; nomás se le fue en alocados planes.

La del domingo armoniza el desencanto con la pereza hasta que llega el mediodía. Por la tarde, la melancolía, y por la noche se prepara paciente y dolorosamente al encuentro con el lunes.

El minotauro

A Fausto Vega

A pesar de que nació en México, D.F., es cretense... de Knossos... de Hagyatrida. Cuando me da los buenos días le navegan barcos por los ojos y no lo sabe. Oficia en la oficina y los papeles se les vuelven las palomas de la Diosa entre las manos y no lo sabe. "La Parisiense" va y viene en las infinitas estancias del palacio, acechada por los ocultos símbolos del Labrys. Y yo, sentado detrás de mi escritorio, me vuelvo Minotauro. Pero ella no lo sabe.

Índice

Arrecife	5
Cuando acontece un ángel	6
Carta	8
De ángeles vivos	10
Teófilo	11
Arcángel	12
La <i>source</i> de la <i>sorcière</i>	13
La clepsidra	14
El caso Hermes	19
Habla el títere de su autor	22
La niña Isabel	23
El colibrí	25
El tranvía de Loreto	26
La druida	28
Viudez	30
Entrevista con Circe	31
El interlocutor	32
Definición	36
El espejo	37
El paraguas	42
Babel derruida	45

Putas palabras	47
Lectura	49
Postal	50
El cacaotal	51
Las frutas del paraíso	52
Concierto para piña	54
Imaginaciones sobre la imaginación	55
Las alfombras	57
El tablado	58
El páramo	59
Estar Nepantla	61
Fuente de Cibele	64
Hamlet o el sombrero	66
Historia contemporánea	69
Inmigrantes	70
La iguana	72
Las playas	73
Los pies	76
Profesión de fe	77
<i>Psyche</i>	79
Semana inglesa	81
El Minotauro	83



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
RECTOR

María Teresa Uriarte
COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Rosa Beltrán
DIRECTORA DE LITERATURA

Leticia García
SUBDIRECTORA

Víctor Cabrera
Martha Angélica Santos Ugarte
EDITORES



El arrecife y otras divagaciones, de Mireya Cueto,
editado por la Dirección de Literatura de la Coordinación
de Difusión Cultural de la UNAM,

se terminó de imprimir el 28 de marzo de 2014
en los talleres de Grupo Edición, S.A. de C.V., Xochicalco
619, Col. Letrán Valle, 03650 México, D.F. Se tiraron
500 ejemplares en papel cultural de 90 gs.

La composición se realizó con la tipografía
Filosofía 12:16 puntos. Impresión en offset.
Cuidó la edición Martha Angélica Santos Ugarte.